

MIGRACIÓN RETORNO Y REPERCUSIONES SOCIOEMOCIONALES EN COYUTLA, VERACRUZ

Mario Pérez Monterosas*

Resumen

En la década de 1990, la migración emergente de Veracruz a los Estados Unidos cobró singular importancia e influyó en la aceleración de cambios en los procesos socioculturales que tenían lugar en el medio rural. Dos décadas después, los flujos de circulación de personas y objetos cambian el sentido geográfico para presentarse de norte a sur, de Estados Unidos a México. Ese retorno trae consigo reajustes de diversa índole en los procesos de reinserción laboral y comunitaria. En este ensayo centramos nuestra atención en los procesos macrosociológicos implicados en la reinserción de los migrantes retorno a nivel familiar y personal, y de manera particular en las experiencias socioemocionales que se enfrentan cuando, después de varios años, se vuelve a casa, donde los hijos, la esposa y el contexto han cambiado, es decir, cuando se ha dejado de ser el mismo. El trabajo se sustenta en la investigación de campo realizado en la región rural e indígena totonaca del norte de Veracruz, donde a través de entrevistas con migrantes de retorno y sus familiares exploramos en el mundo subjetivo que muestra cómo se experimentan las tristezas, nostalgias y emociones en los procesos de movilidad internacional de reciente data.

Palabras clave: Migración internacional, Retorno, Indígenas, Socioemociones, Veracruz

INTRODUCCIÓN

La añeja y permanente movilidad de hombres y mujeres indígenas de la sierra del Totonacapan veracruzano ha dejado su impronta en las formas de trabajo, interacción social y construcción de expectativas de los jóvenes, que han recurrido a estrategias distintas a las agrícolas para participar más activamente en los mercados de trabajo urbano en ciudades lejanas y durante ausencias de larga duración o permanentes. A las dinámicas anteriores, hay que agregar la aceleración de procesos socioculturales y económicos debido a la incorporación de indígenas y campesinos a las migraciones emergentes desde el fin de la década de 1980, hasta nuestros días, hacia los Estados Unidos, y a la movilidad laboral hacia Canadá, regulada por el Estado mexicano.

* Sociólogo por la Universidad Veracruzana (UV), Maestro en Estudios Rurales por El Colegio de Michoacán, Doctor en Historia y Estudios Regionales por la UV, actualmente es Profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.

Durante la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI, la movilidad geográfica de los indígenas totonacos ha venido redefiniéndose de manera importante. Al principio, eran sólo hombres quienes conformaban los flujos migratorios, pero con el tiempo mujeres y hombres solteros, jóvenes y familias completas se fueron incorporando, transformando con ello el perfil de los migrantes, sus expectativas y proyectos. Poco a poco se han ido modificando también los circuitos migratorios, los lugares de destino, tránsito y origen, pasando de la región rural y urbana de corta y mediana distancia por periodos cortos, a lugares más alejados y allende la frontera nacional por varios años o de manera definitiva.

Los movimientos migratorios de los indígenas son multicausales, pero las condiciones económicas y estructurales de las localidades de origen han constituido un factor determinante. Un medio rural descapitalizado, nulas oportunidades locales de trabajo, falta de apoyos y recursos gubernamentales (Griego Ceballos, Muñoz González, Pérez Silva y Salazar García, 2003), así como ausencia de condiciones propicias de producción agrícola y comercialización han acelerado los procesos de inserción en los flujos migratorios (Moctezuma, 2008). Las causas de la migración se van redefiniendo y se sostienen en estructuras sociales, por lo que hombres y mujeres dan lugar a la organización informal de las redes sociales que operan con base en las relaciones de solidaridad, pertenencia y adscripción identitaria, facilitando la movilidad y acceso a recursos económicos y sociales escasos, pero valiosos, que facilitan la incorporación de nuevos migrantes y la pervivencia del fenómeno a través del tiempo (Massey, Alarcón, Durand y González, 1987).

La circulación de personas, bienes, dinero, regalos, sueños y formas de apropiarse del cuerpo, entre los contextos rurales de origen y las áreas urbanas o rurales de destino, han modificado las formas sociales de relacionarse, de divertirse, de convivir y concebir el futuro en los contextos de salida. En ocasiones todo lo anterior tiene efectos favorables o costosos, dependiendo de la perspectiva de sus protagonistas. Tomando en cuenta lo anterior, este trabajo pretende contribuir al conocimiento de las causas de las migraciones y las características de las dinámicas de movilidad geográfica, las culturas de trabajo y los procesos de cambio y permanencia que tienen lugar entre los indígenas totonacos que migran a diversos lugares del país y del extranjero.

La investigación se apoya en los hallazgos del trabajo de campo realizado en diferentes recorridos y momentos por algunas localidades del municipio de Coyutla, en

la sierra papanteca, entre junio de 2011 y marzo de 2015. La información se ha obtenido a través de técnicas etnográficas, como entrevistas abiertas y dirigidas, observación participante, fotografía y cartografía, así como de consulta bibliográfica. Se entrevistó a mujeres y hombres, a jóvenes indígenas, migrantes y no migrantes, sobre temas como el trabajo local y los procesos de movilidad y migración nacional e internacional, reglamentada e indocumentada, así como de los sentires y situaciones emocionales que experimentan al regreso de los migrantes.

Particularmente, nos hemos apoyado en los planteamientos de Gatti para analizar la región del Totonacapan en la década de los ochenta (Gatti y Chenaut, 1987), y considerando que estábamos ubicados en una región “movediza”, fue pertinente plantear interrogantes que nos brindaran información sobre las formas, tiempos y espacios en que los totonacos se movían en busca de trabajo, cómo vivían en algunas regiones, por decir arribeñas, pero trabajaban en las llanuras costeras, y tener elementos para caracterizar en modo en que “los espacios se mueven”; por ello, en un principio, no solo planteamos dar cuenta de la migración internacional, sino de todas las dinámicas de movilidad y desplazamiento interno forzado que le dan un carácter social a la región.

LAS MIGRACIONES DE LOS INDÍGENAS VERACRUZANOS AL NORTE

La migración de mexicanos a los Estados Unidos es un fenómeno que desde hace más de 100 años forma parte de la vida de los habitantes de Jalisco, Zacatecas, Michoacán y Guanajuato, y el constante ir y venir de personas, información, bienes, dinero e ideas ha ido conformando una “cultura de la migración” (Durand, 1994), así como importantes cambios sociales, económicos y transformaciones culturales en ambos lados de la frontera. Desde principios de 1990, Veracruz es uno de los estados del sur del país que contribuyen con mano de obra barata al mercado de trabajo norteamericano, integrándose a los llamados estados con migración emergente.

Entre 1995 y 2000, el Distrito Federal, Guerrero, Veracruz y Oaxaca presentaron una pérdida neta de población considerable, debido a los flujos migratorios recientes y acelerados que cobraban cada vez mayor importancia. Durante ese quinquenio el estado de Veracruz aportó el 4.8% del total, ocupando el sexto lugar, después de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Estado de México y el Distrito Federal, lo que equivale a 76

587 veracruzanos, el 1.1% de la población total del estado para el año 2000 (Pérez, 2013).

En 2002, Veracruz descendió al décimo lugar con el 3.5%; sin embargo, otras cifras señalan que, para el mismo año, aproximadamente un millón de veracruzanos se había ido a los Estados Unidos, esto es, un 12.5% del total de la población del Estado, ubicándose en el cuarto lugar, después de Oaxaca, Estado de México y Puebla (COESPO, 2002; González, 2006). Una posición importante, si consideramos que en 1997 ocupaba la posición 30 en la lista de los estados expulsores de migrantes a los Estados Unidos, lo que representaba el 1.9% de la población total del Estado.

Según el Coneval, Veracruz es la cuarta entidad con mayor porcentaje de población en pobreza alimentaria en el país, lo que significa que un millón 990 859 personas, cifra superior a la población total de estados como Yucatán o Morelos, no alcanzan a satisfacer sus necesidades diarias de alimentación. Comparte con Tabasco y Puebla el cuarto lugar con mayor porcentaje de pobres, con el 59.3% del total de la población o alrededor de cuatro millones 216 356 personas.

El estado de Veracruz concentra el 10.6% del total de personas con pobreza alimentaria de todo el país; el 9.9% de los pobres de oportunidades y el 8.5% de pobres de patrimonio, hecho que contrasta fuertemente con las cifras oficiales que señalan al Estado como uno de los primeros lugares a nivel nacional en la producción de diversos productos agropecuarios —como papaya, limón persa, chayote, naranja, caña de azúcar, maíz— y ganado bovino. Para 2010, los principales cultivos eran sandía, arroz, piña, café, tabaco y plátano (INEGI, 2010).

La población indígena en Veracruz se encuentra distribuida en todo el Estado, es la tercera entidad con mayor proporción de habitantes mayores de cinco años que hablan una lengua indígena, esto es, alrededor de un millón 246 488. En los índices de marginación del CONAPO, Veracruz es la cuarta entidad con mayor marginación del país; de sus 212 municipios, 37 tienen un muy alto grado de marginación, con población mayoritariamente indígena; 94 con un alto grado; 51 con grado medio; 21 municipios con bajo índice de marginación, y sólo diez, con muy bajo. Datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ubican a Veracruz como la cuarta entidad con menor desarrollo humano del país, sólo por debajo de Chiapas, Guerrero y Oaxaca.

La población indígena no se encuentra, como antaño, solamente en las “regiones de refugio” en el Estado; desde hace varias décadas, con sus inserción en los procesos de movilidad, migración y, recientemente, con los desplazamientos internos forzados por la violencia y los desastres naturales, los podemos ubicar en prácticamente todos los municipios del veracruzanos, tanto en ciudades y áreas urbanas como en otros espacios étnicos de diversos estados del país, Canadá y la Unión Americana.

Las principales zonas de concentración poblacional indígena en Veracruz son la sierra de Huayacocotla y Chicontepepec, donde se encuentran los grupos étnicos huastecos, tepehuas, otomíes y nahuas; la sierra de Papantla, con población totonaca; Zongolica, con nahuas; la Sierra de Santa Martha, con popolucas, zapotecos y nahuas. En la Región de Playa Vicente se ubican los chinantecos, mazatecos y nahuas, mientras que en la región del Uxpanapa están los chinantecos, zapotecos y zoques (Pérez, 2012). Para el 2010, había en Veracruz 355 785 hablantes de náhuatl, 120 810 de totonaco, 52 660 de huasteco y 40 796 hablantes de popoluca (INEGI, 2010).

Desde mediados de la década de los noventa del siglo XX, ante la ausencia de políticas públicas que atendieran sus demandas y de ofertas laborales o programas de gobierno que los incluyeran, los indígenas del estado de Veracruz tomaron como alternativa de sobrevivencia la migración indocumentada a los Estados Unidos. Los pueblos indios del norte veracruzano, ubicados en la Sierra de Huayacocotla se fueron a Nueva York, haciendo uso de incipientes, pero solidarias, redes sociales y migratorias a través de las cuales circularon de manera eficiente información y dinero, para llevar a cientos de personas de cinco municipios de la región hasta la Gran Manzana a principios de la década de 1990 (Zepeda, 2001). Los habitantes del Totonacapan —el caso que nos ocupa— iniciaron su marcha hacia una amplia diversidad de destinos urbanos y rurales, hacía los Estados Unidos y Canadá desde finales de los años ochenta del siglo pasado.

En la región central de Veracruz, en la sierra de Zongolica, al igual que en los casos anteriores, los años noventa marcan el periodo en que los indígenas dejaron de lado las migraciones regionales y hacia la Ciudad de México, para conformar importantes flujos emergentes de migración indocumentada con destino a la costa Este de los Estados Unidos, principalmente, y después se movilizaron por diversos estados en busca de trabajo. Los popolucas y nahuas de la sierra de Santa Martha, en el sur de Veracruz, participaban, desde 1995, del mercado de trabajo en la industria maquiladora de la

frontera norte de México, que resultó de gran atractivo para hombres y mujeres jóvenes, mientras que otro grupo considerable de habitantes, y en aumento cada vez, salía por un par de meses con destino a los campos agrícolas de Sonora y Sinaloa. Semanalmente, varios camiones de pasajeros llegaban a las comunidades rurales para transportar a todos aquellos, hombres y mujeres, que quisieran emprender el viaje hacia el Norte. Posteriormente los indígenas y campesinos iniciaron una nueva ruta hacia los Estados Unidos, ampliando e internacionalizando sus rutas migratorias.

Los municipios de origen de los migrantes veracruzanos que se dirigieron a la frontera norte de México, durante 2000-2001, fueron las ciudades de Poza Rica y Xalapa, con 10% de migración poblacional; Veracruz, 7%; Cerro azul, 6% y Tuxpan, 5%, aportando un porcentaje importante, seguidos por Papantla, Panuco y el resto de los municipios con 49%. Para los años 2005-2006, el aporte porcentual se modifica: Poza Rica desciende al 9%; Veracruz, al 9%; Xalapa cae al 5%; Cerro azul y Tuxpan, 5%; Naranjos, 6%; Panuco y Papantla, 4%, y el resto de los municipios aporta el 50%, mientras que los 10 municipios concentran el 50% del total. Para 2010-2011, Poza Rica asciende a 12%, Cerro Azul crece hasta el 10%, Veracruz al 5%, Xalapa, 7%; naranjos, 5%, y Tuxpan, Panuco y Papantla, 4% (Análisis de la EMIF, varios años).

Respecto a los municipios que envían migrantes a la frontera norte, es interesante notar que el 55% del total migratorio procede de la parte norte del Estado, de la región del Totonacapan, donde, a raíz de la crisis en el sector, la ciudad petrolera de Poza Rica devino en expulsor importante de mano de obra (Chenaut, 2014); la excepción: quienes proceden de Xalapa y Veracruz. La mayor parte de los migrantes veracruzanos que van al norte lo hacen a la frontera, y sólo un tercio en promedio lo hace a Estados Unidos. Los municipios de origen se concentran, como se ha dicho, en el Totonacapan, compuesto por población rural, indígena y obreros especializados, relacionados con la industria petrolera (Mestries y Pérez, 2014). No obstante, los municipios que aportan porcentajes importantes de población a los flujos no son siempre los mismos, hay cambios constantes que hacen más complejo el análisis del fenómeno.

LA MIGRACIÓN DE RETORNO O DE NORTE A SUR

Hay que decir, en primer término, que como espacio lo rural interconecta lo global a contextos locales —tránsito, arribo y retorno— por donde circulan recursos tangibles

e intangibles en diferentes direcciones, en retroalimentación dialéctica, y redefine de manera constante la forma como percibimos, definimos y sentimos “lo rural” y la forma en que participamos y experimentamos en el espacio-tiempo.

En los movimientos migratorios norte-sur, destaca el retorno a comunidades rurales. Dicho retorno aumentó en 2010, con respecto a 2000, por quienes se incorporaron en los años ochenta y noventa, procedentes de las regiones sur y centro de México. Para 1990, los retornados eran de los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Baja California. Los cambios son importantes para el año 2000, cuando los retornados se dirigieron a Veracruz, Puebla, Oaxaca, Guerrero e Hidalgo. La región Sur-sureste de México registra un incremento absoluto en número de migrantes, entre 2000 y 2010, con un 491.9%. Destacan los estados de Veracruz, Oaxaca, Guerrero y Chiapas, que se incorporaron entre los años noventa del siglo XX y la primera década del siglo XXI. La población de retornados se compone de hombres, mujeres y niños, y es importante mencionar que su procedencia es rural e indígena.

Ahora bien, de los 92 630 migrantes retornados de los Estados Unidos en 1990, 640 eran veracruzanos; de los 267 150 que volvieron en 2000, 4 490 eran de Veracruz; una década después, el número de retornados aumentó a 48 628, de un total de 824 414 emigrantes (Anguiano, Cruz y Garbey, 2013: 119), lo que significó 106 veces el crecimiento de retorno entre 1990-2010, pasando de representar 0.7% a 5.9% entre 1990 y 2010. Cabe hacer notar que el 30% de veracruzanos regresan a comunidades de 2 500 habitantes y, en menor medida, a las de 15 000, presentando un crecimiento relevante para 2010, cuando el retorno es esencialmente rural (Anguiano, Cruz y Garbey, 2013: 121), de modo que a su regreso los migrantes se emplean en la agricultura, la ganadería, el comercio, la construcción y la industria.

Antes de continuar, es importante subrayar la necesidad de estudiar y analizar la migración de retorno, o de Estados Unidos a México, diferenciando las regiones tradicionales y emergentes, pues los migrantes y los procesos que crean no cuentan con la misma infraestructura ni las mismas dinámicas, ni operan con las mismas referencias en el tiempo y el espacio. En cuanto a los tipos de retorno, identificamos los siguientes de acuerdo con varios autores:

- Forzado por deportación o desempleo (Durand, 2005)
- Periódico. Programa de trabajo temporal (Durand, 2005)
- De descanso y jubilados (Gil, 2012)

- “Definitivo” del migrante exitoso. Por proyecto concluido (Espinosa, 1988)
- “Definitivo” del migrante fracasado
- Por motivos de nostalgia o florecimiento de emociones al extrañar o experimentar nostalgia por la familia (como proponemos en este documento)

Entre las causas de los diferentes tipos de retorno y/o regreso, se encuentran:

- Políticas: implementación de leyes antiinmigrantes, redadas y deportaciones que conllevan a la criminalización de trabajadores indocumentados, sobre todo a raíz de los hechos del 11 de septiembre de 2001.
- Económicas: restricción en el acceso al empleo temporal o permanente y mejor remunerado; oferta de empleos precarios.
- Endurecimiento de las medidas restrictivas del cruce fronterizo; incremento de los costos y riesgos para ingresar a los Estados Unidos.
- Sociales y culturales: personales, emocionales: tristeza, sentimiento de nostalgia por la familia. Cumplimiento del proyecto migratorio.
- Personales o psicosociales: temor, miedo (política), incertidumbre; complicación del ingreso (económica); emociones de tristeza, nostalgia, vulnerabilidad (social-personal), que influyen en las decisiones de moverse al interior de los Estados Unidos o regresar a México.

Antes de que los migrantes iniciaran el proceso de retorno a México, identificamos que por la falta de empleos, por la fragilidad de las redes sociales a las que tenían acceso y por la búsqueda de mayor tranquilidad y libertad, recurrieron a la movilidad, por periodos de diferente duración, al interior de los Estados Unidos e incluso a lugares con poca presencia de población latina o espacios no tradicionales de arribo. A través de las migraciones implicadas en la gran migración a los Estados Unidos, accedieron a diversas opciones laborales, redes sociales de amistad de diferentes nacionalidades y contaron con empleadores de empresas que los llevaron por diversas ciudades y estados.

Estas movibilidades contribuyeron a la redefinición de las características tradicionales de la migración, pues dejaron atrás las “comunidades “hijas”, así como los patrones de unidireccionalidad y establecimiento, para dar lugar a un patrón de dispersión de múltiples espacios de trabajo y residencia, o bien a la errancia o nomadismo laboral

(Aquino, 2012). Muchos migrantes abandonaron California para arribar, desde los Estados Unidos o luego de una estancia en México, a la parte este, conformando enclaves importantes en Carolina del Norte, Georgia o Nueva York, entre otros espacios (Martínez, 2001); y antes de que experimentaran el retorno a México, exploraron nuevas opciones laborales y de vida en otras regiones no tradicionales de los Estados Unidos, imprimiendo dinámicas complejas de respuesta a las adversidades que en la realidad enfrentaban.

EL RETORNO VIRTUAL O SIMBÓLICO PARA AMINORAR LA NOSTALGIA

Para quienes carecen de la posibilidad de desplazarse, o cuando las distancias reales son difíciles de superar, el regreso de los migrantes o su retorno al espacio “real” o “virtual” se realiza de manera simbólica (Bauman, 1999: 116). Retornan de manera virtual a través del recuerdo evocado por cartas, fotografías, la visita o arribo de los paisanos o familiares que van y vienen entre México y Estados Unidos; otros más lo hacen en tiempos actuales mediante la circulación de conversaciones, imágenes, textos creados simultáneamente en las redes sociales: *Facebook*, *Twitter*, *WhatsApp*, el teléfono celular o la *Web* (Gil, 2012; Díaz, 2007):

Muchos cambiamos de lugar, todos vivimos en movimiento. Nos mudamos de casa o viajamos entre lugares que no son nuestro hogar. Algunos no necesitamos viajar: podemos disparar, correr o revolotear por la Web, recibir y mezclar en la pantalla los mensajes que vienen de rincones opuestos del globo. La mayoría estamos en movimiento aunque físicamente permanezcamos en reposo (Bauman, 1999: 103).

Las anécdotas, las historias, los chismes, los relatos sobre las fiestas del pueblo; las fotos de animales o campos de cultivo llevan a los migrantes, de manera virtual, al terruño, un retorno “real”, dado que no pueden viajar de regreso al lugar de origen como lo desearían (Gil, 2012). “Nos volvemos nómadas siempre conectados” (Bauman, 1999: 104), por lo que “se hace necesario tener la esperanza razonable de acercarse al objeto deseado” (Bauman, 1999: 114). Así, los migrantes en Estados Unidos mantienen por siempre la “esperanza de regresar”; evocan con añoranza el deseo de volver a México: “sí quisiera irme, me sueño allá, pero no pienso irme por el momento, ya llegará el día” (Gil, 2012).

Pensar evocar, decir, mentar en términos de nostalgia por el regreso es retornar de manera simbólico-virtual. El dilema del retorno, de su aplazamiento o cumplimiento se da en una arena de disputas (Espinoza, 1988), que en ocasiones requiere de la negociación entre quienes están en Estados Unidos y quienes se encuentran en México. Un migrante michoacano que por años prometió que en diciembre volvería, y no lo hizo, optó por enviar a sus hijos un perro, con apariencia de león, para saldar su deuda (Pérez, 1998). En las comunidades indígenas, quienes no pueden regresar a cumplir con los cargos tradicionales, como la mayordomía, envían dinero o pagan por que alguien los cubra o represente. Son negociaciones que se han gestado en el plano de la transnacionalidad.

“Llego el ausente. Recordé besos y abrazos, de aquellos dos amores, y en el jardín las tardes de tristeza. Estoy aquí buscando las caricias como las de ayer” (Corrido mexicano, s/f). El retorno o la migración norte-sur puede emprenderse a regiones de origen, ciudades medias cercanas u otros poblados circunvecinos; quienes vuelven a su lugar de salida tienen que hacer frente a dinámicas personales, familiares o comunitarias y realizar arreglos, disputas o negociaciones para su reincorporación o (re)establecimiento en el espacio que les rodea o iniciar interacciones y vínculos sociales de densidades complejas.

Al respecto, una de las variables que se analiza en la migración de retorno es la “reinserción” a un espacio físico poblacional, geográfico, que ha cambiado, se ha transformado y luce diferente al que se dejó. Se regresa a la sociedad, a relaciones familiares y a la experimentación de sentires y emociones que han dejado de ser lo que eran cuando las y los migrantes se marcharon, y que tiempo después los reciben de un modo diferente al acordado virtualmente, por teléfono, *WhatsApp*, a través de los mensajes de celular, y es una realidad que deja ver la huella de la ausencia de varios años.

En algunos casos, a su llegada al pueblo, el andar de los migrantes retorno se hace con cautela, asombro y extrañamiento; en otros, con una “familiaridad distante”, queriendo reconstruir el recuerdo del pasado en el presente modificado. Las fachadas de algunas casas ya no son las mismas; dejaron de ser grises para lucir coloridas; las calles podrían estar pavimentadas, tiraron arboles para hacer una calle, demolieron una casa para construir el campo deportivo. Así, lo que quienes retornan dejaron o lo que

imaginaron durante su ausencia “ya no es”; al igual que ellos, cambiaron, la ausencia física los tornó diferentes, ausentes-presentes en redefinición, no estáticos.

El movimiento de retorno —también podría ser migración de Estados Unidos a México, considerando que se va de un contexto a otro— es una migración a otro espacio, a otro contexto porque cambió —habrá cambiado. Aunque sea “su” propia familia, “su” propia mujer e hijos, lo real ya no será igual a la que el migrante había venido imaginando, recordando en la distancia. Emocionalmente, tampoco será igual, pues los sentires se habrán redefinido en la ausencia, por ejemplo con los hijos, quienes crecieron y ahora desconocen como autoridad a su padre, a quien conocían por foto, por teléfono; eran pequeños cuando se vieron por última vez. Las relaciones con la pareja son distintas, se transformaron; las interacciones sociales son otras. Incluso al llegar a casa y encontrarse con su esposa, después de los años transcurridos y la conyugalidad a distancia, la relación será otra; tal vez ahora sea su ex esposa..., lo que fue dejó de serlo. O será que ella se habrá casado, embarazado, habrá tenido hijos; tal vez su madre habrá muerto y lo que espera encontrar no sea lo mismo que lo que encuentre. He aquí un par de expresiones de esos sentires:

En 10 años no ha sido mi padre o madre: crecí, salí de la escuela, hice la primera, la comunión, mi graduación de la primaria, y ellos ausentes de los momentos y etapas más importantes de la vida: infancia y juventud.

La mujer, esposa no es la misma que tú dejaste, incluso al regreso habrá que enfrentar un proceso negociador de volverse a amar, de volver a ser esposa, como cuando él quiere practicar otras formas de mantener relaciones sexuales, así como experimentar el ser novios otra vez

Estas son condiciones que reflejan y constatan que quienes fueron y quienes se quedaron han cambiado. No se trata de irse y regresar, sino de moverse entre campos problemáticos, humanos y complejos, reales más que imaginados. De pronto, los migrantes ya no encajan. La reinscripción, el retorno, constituye entonces una etapa más y desde siempre de los procesos migratorios complejos. Cabe mencionar que las experiencias de los migrantes de antaño, a su regreso de los Estados Unidos, y las condiciones que encontraban en su pueblo en relación con sus padres, su pareja, el paisaje rural y los sentires socio-emotivos están registradas en los corridos, en la letra de la música regional mexicana.

Como bien decía el corrido: “Los billetes verdes a la larga no desquitan los sufrimientos que en el alma nos llevamos” (1990). Y es que el irse al norte, lleno de ilusiones y sueños, tiene costos sociales y humanos al regreso. Así se expresaba un niño ante su padre recién llegado: “Te quiero porque eres mi padre (consanguíneo), pero no puedo sentir nada de alguien de quien sólo conozco por su voz, por la imagen vieja de la foto o por los regalos que enviaba”. La relación virtual no sustituye la de cara a cara, que al no alimentarse o sostenerse pierde fuerza y eficacia ante los hijos. Incluso hay ocasiones en que parece que hay un escenario de violencia contra los retornados entre reclamos, desprecios, incompreensión y problemas en la reinserción, al grado de que quizás diga o piense que sería mejor regresar a los Estados Unidos.

Estas situaciones que los migrantes experimentan a su regreso a la comunidad rural es una muestra de las realidades sociales, y se reflejan en las letras de las canciones de toda época: “Ya estoy de regreso y con muchos billetes, que al final de todo no sirven para nada, en mi propio pueblo me ignora la gente, mis padres murieron y tú estás casada” (1987). En la cultura musical regional mexicana, los corridos reflejan las características de la migración de mexicanos a los Estados Unidos (López, 1995: 18), el ir y venir, la salida y el regreso han sido temas constantes. Las letras reflejan las consecuencias de la ausencia; el éxito al cumplir metas fijadas, haber tenido trabajo y dólares ahorrados; la tristeza, el fracaso del migrante: si lo agarró la migra, si no pudo cruzar la línea, si despilfarró el dinero o si a su regreso ya no encontró a la novia esperándolo (López, 1985: 24).

Las canciones sobre el regreso remiten a los migrantes que se despiden de tierras norteamericanas al enfrentar el proceso de deportación por no tener papeles que acrediten su estancia legal: “Adiós California” (1977), “deportado por andar de contrabando” (1986), “a los ilegales los echaron para fuera por no tener papeles” (s/f). La mayoría de las canciones que aluden al regreso del migrante dejan ver el cumplimiento del proyecto migratorio: regresan tras haber cumplido sus metas materiales: conseguir el dinero para casarse con la mujer que dejaron en el terruño; disfrutar los bienes adquiridos con el dinero ganado en los Estados Unidos e invertido en México. Hablan de la compra de tierras y ganado, de la yunta de animales, pero también refieren los costos de su ausencia: encontrar a la mujer casada con otro, o bien, no encontrarla porque rehízo su vida; la muerte de la madre o el padre. También se habla de aquellos que no encontraron trabajo y regresaron igual de pobres, o bien,

de los migrantes exitosos, que lograron sus metas, y de aquellos que llegan presumiendo sus hazañas, de las cuales sólo la mitad son verdaderas (López, 1985).

LAS MIGRACIONES EN Y DESDE LA SIERRA TOTONACA

Según la regionalización establecida por el gobierno del estado de Veracruz, la región del Totonacapan consta de 15 municipios. En el siguiente apartado referiremos sólo cuatro —donde hemos realizado trabajo de campo—, ubicados en la sierra de Papantla: Coyutla, Filomeno Mata, Espinal y Mecatlán; pondremos atención específica al de Coyutla. El Totonacapan es una región con amplia tradición de movilidad de sus habitantes; es una región “movediza” (Pérez, 2014): “los espacios se mueven” (Gatti y Chenaut, 1987), y se han ahí registrado diversos circuitos de inmigración, migración y asentamiento, dependiendo de las dinámicas regionales del desarrollo en la agricultura, la ganadería y la industria extractiva, en tiempos y espacios específicos (Ramírez, 2002; Velázquez, 1995).

En un principio eran movilidades con fines laborales al interior de la sierra de Papantla, y de la sierra de Puebla a la sierra o llanuras costeras de Veracruz, a la par que se registraban los desplazamientos forzados por la violencia rural de la década de 1970 (Muñoz, 2004). Para mediados del siglo XX, la gran demanda de mano de obra llevó a los totonacos a la naciente metrópolis de Poza Rica (Mendoza, 2014). Con el tiempo y las reestructuraciones del mercado laboral, las rutas se fueron ampliando al igual que sus expectativas. Así llegaron y se establecieron en la Ciudad de México; luego fueron a Monterrey (Moctezuma, 2008), a la frontera norte, a los Estados Unidos (Chenaut, 2010) y recientemente a Canadá, conformando un sistema migratorio complejo, transnacional, donde los hombres pasan de seres humanos a mercancías y, a últimas fechas, van de un lugar a otro, de manera constante, como “en el limbo” (Bauman, 2008).

Desde finales del siglo XX, los fenómenos naturales y la violencia rural han dado lugar a desplazamientos internos, forzados, de familias completas que viajan sin ningún bien material, en busca de cobijo, de escondite o dinero para continuar su andar hacia lugares más seguros de la región, el Estado o el país. Esto ha creado un nuevo matiz entre estas movilidades por motivos económicos y laborales —de cierto modo voluntarios y planeados, y las que actualmente se registran por motivos externos y

repentinos, que podrían costarle la vida a los implicados de no desplazarse (Vera, s/f; Pérez, 2014).

En cuanto a las recientes dinámicas de movilidad en la región totonaca, habría que incorporar las que proceden del Estado, como los proyectos eco-etno-turísticos que promueven la visita de nacionales y extranjeros para el consumo e impulso de las zonas arqueológicas o de los patrimonios inmateriales y culturales, rurales y étnicos del pueblo totonaco. La región “cuenta”, por ejemplo, con pueblos mágicos, el festival Tajín y la ruta de la vainilla, que la sitúan en un “c circuito turístico” que genera la movilidad de personas desde las llanuras costeras hasta la sierra del Totonacapan (Zúñiga, 2012), de adentro hacia afuera; es un territorio complejo, con múltiples movi lidades y diversos actores que entran y salen, transformando su fisonomía e imprimiendo su huella al andar.

El municipio de Coyutla es uno de los 15 que conforman la región del Totonacapan veracruzano, tanto de la sierra de Papantla como de las llanuras, donde hay presencia importante de movi lidades de población que se extienden a los ámbitos internacionales y conforman circuitos transnacionales de migración por diversos motivos y con dinámicas complejas y cambiantes.

A partir del análisis de los datos de población de algunos municipios de la sierra papanteca, podemos apreciar que algunos municipios han tenido un crecimiento intercensal mínimo o negativo, lo que refleja los momentos de crisis económica y la redefinición de los movimientos poblacionales por diferentes causas. Entre 1990 y 2000, Coyutla presenta un crecimiento, pero hay una pérdida de población para 2005, que se recupera en 2010 para quedar casi como en el año 2000. En Espinal vemos un crecimiento positivo entre 1990 y 2010, pero mínimas fluctuaciones que pueden deberse a los movimientos migratorios de sus pobladores.

Es importante destacar el caso de Papantla, que creció abruptamente de 1990 a 2000 y tiene una pérdida de población importante para 2005 (INEGI, 1990, 2000, 2005, 2010). Filomeno Mata tiene un crecimiento poblacional constante, pero mínimo al igual que Mecatlán. Un caso interesante es el de Poza Rica, pues entre 1990 y 2000 tiene un crecimiento de poco más de mil habitantes, mientras que para 2005 presenta un aumento importante de 30 mil habitantes; luego, entre 2005 y 2010, el municipio apenas registra un incremento de poco más de 10 000 habitantes, lo que refleja la crisis

en la industria petroquímica, al pasar de un lugar de atracción a uno de expulsión (Mendoza, 2014).

Desde hace mucho tiempo, los habitantes del Totonacapan profundo han estado insertos en cambiantes procesos de movilidad, lo que incluye las geografías de destino, los mercados de trabajo en que participaban y los actores rurales que los protagonizaban. Los totonacos fueron conformando flujos de migraciones escalonadas, iniciando en espacios rurales de la región, para luego transitar a las áreas urbanas regionales, luego del centro del país, después de la frontera norte y posteriormente a los Estados Unidos y Canadá. Podemos ver cómo las regiones de origen y destino se redefinen en el tiempo dependiendo de la oferta laboral, las redes sociales y la participación del estado mexicano en los mecanismos de enganche.

Los actores que emigran de manera definitiva o temporal también son cambiantes; van desde los varones jefes de hogar y jóvenes, hasta las familias completas y las mujeres jóvenes, quienes se emplean en la industria de la construcción, las labores domésticas, los campos agrícolas y el sector de servicios. En el caso de quienes van a los Estados Unidos, algunos no se asientan en un lugar específico, sólo permanecen algunos meses para continuar su errancia por diversos estados, empleándose en labores urbanas o rurales, generando migraciones internas dentro de la gran migración México-Estados Unidos.

De acuerdo con datos del censo de población de 2000, el índice de intensidad migratoria —que dan cuenta de la participación de los totonacos en los flujos migratorios internacionales— es *bajo* en tres municipios de la región, mientras que en la mayoría es *muy bajo*, y en un par de ellos presenta un índice de migración *nulo*. Esto muestra la realidad de manera parcial, ya que para esos años la migración a los Estados Unidos en los municipios con índice *muy bajo* ya contaba con parte de su población en la Unión Americana, según se ha podido constatar en el trabajo etnográfico realizado. Sin duda, ese mapa de intensidad migratoria ha sufrido cambios importantes en los últimos años, ya que cada vez el fenómeno es más significativo en la región.

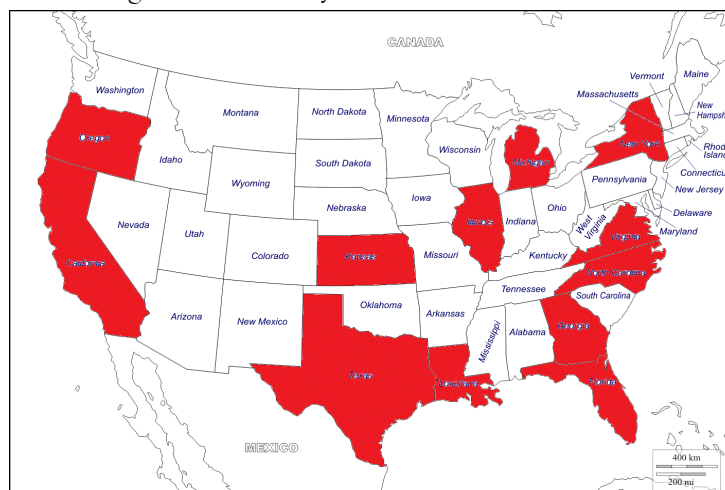
Evidentemente, las dinámicas de movilidad, migración y desplazamiento forzado que se presentan en la región del Totonacapan son muy diversas, cambiantes y complejas, e incluyen destinos a todo México, Estados Unidos y Canadá. Las nuevas geografías, adonde incursionaron los totonacos desde principios de 1990, presentan las mismas características de la migración emergente en otros estados del país y diversos

municipios veracruzanos. Los campesinos e indígenas del Totonacapan se dirigen a lugares y regiones cada vez más distantes, con escasa presencia de población de origen mexicano o latino, y se distinguen porque han dejado de emplearse en actividades rurales para ir a destinos urbanos (Muñoz y Casados, 2008).

Las políticas antiinmigrantes en algunos estados de la Unión Americana, las recesiones, la crisis económica de 2007 y 2008, las dificultades para conseguir empleo, así como las experiencias emocionales y de tristeza que enfrentan los migrantes totonacos han imposibilitado su establecimiento en un lugar específico, obligándolos a moverse constantemente por diversos espacios y mercados de trabajo, antes de realizar su retorno voluntario o forzado a Veracruz, incluso antes de haber cumplido su proyecto migratorio.

Mapa 1.

Lugares de destino y movilidad de los totonacos



Fuente: Trabajo de campo etnográfico 2011-1014. Elaboración propia.

Resulta interesante el desplazamiento por lugares distintos, múltiples y cambiantes, pues a diferencia de las migraciones internacionales tradicionales, éstas ya no crean “comunidades hijas” en un solo lugar (Alarcón, 1988), sino que devienen nómadas laborales (Aquino, 2012), cubriendo otros costos y riesgos en el proceso.

En los municipios de la sierra totonaca hemos identificado también procesos de movilidad que se han redefinido con el tiempo; en respuesta a diversos factores, los hombres primero, las mujeres después y, más tarde, familias completas se han

insertado en flujos que los han llevado de manera independiente a espacios rurales o urbanos de la región, tales como Papantla y Poza Rica, así como a urbes de larga distancia, como la ciudad de México y Monterrey, y a lo largo de la frontera norte, así como a los Estados Unidos. Recientemente, a través de un proceso de enganche mediado por el Estado, los indígenas se han trasladado temporalmente a Chihuahua, Sonora y Puebla en el país, e incluso a Canadá, para vender su fuerza de trabajo, conformando un complejo circuito migratorio transnacional.

LA MIGRACIÓN DE RETORNO Y LAS REINSERCIÓN AL GRUPO DOMÉSTICO

A lo largo del tiempo se han identificado diversas motivaciones para el retorno entre quienes se encuentran en Estados Unidos: el fin de un programa bilateral, el término de la guerra, la crisis económica, el desempleo y las redadas, pero la nostalgia es otro de ellos; es quizá el menos estudiado y el que se presenta de forma constante en los migrantes que incursionan por primera vez en la movilidad internacional. He aquí algunas situaciones que aceleraron el regreso a Veracruz:

En 1998 se fue mi hijo de 17 años a Carolina del Norte, a los 3 años lo fui a alcanzar a Gastonia, al año de estar juntos, el venia tomado, de una fiesta y se mató. Nos regresamos juntos a México, me regrese con el cuerpo. Sólo migro para morir, y yo sólo fui para traer su cuerpo.

Debido a las dificultades implicadas en el cruce de la frontera o a la imposibilidad de adaptarse al nuevo contexto fuera del país, el retorno no siempre se socializa y mucho menos con los desconocidos. Son situaciones que se ocultan hasta que alguien por fortuna las socializa en voz baja. Los propios migrantes eluden compartir las situaciones que viven. Incluso cuando se les pregunta si han ido a los Estados Unidos, lo niegan; es una afrenta a su condición de hombres decir que fracasaron por el desanimo, la nostalgia, la incertidumbre, la envidia, todo ello en medio del llanto, poco visible entre varones:

Me fui emocionado, para hacer algo. Al llegar allá se siente feo, nostalgia, feo en el corazón. Me dije: de sufrir aquí en Estados Unidos, mejor me voy para allá. Me decían “no te vayas, todos hemos pasado por eso”, “aguántate después de 5 meses ya no sientes así”. Y a los cuatro meses me regresé. Juan se fue conmigo y se regresó al mes siguiente, siempre andaba decaído, triste (Antonio).

Antonio nos confió que otro vecino del rancho también fue, pero “sólo duró ocho días allá, no aguantó y se regresó, lloraba mucho”. Así Fernando, quien, como extrañaba y sufría mucho de no ver a su familia, en ocasiones llegó a llorar y a sentirse triste de estar solo, y por eso se regresó a los cuatro meses de haber llegado a Arizona.

El proceso de inserción de los migrantes de retorno que trastoca el orden interior de las familias es el que protagonizan quienes vuelven a su localidad luego de alcanzar sus objetivos, tras un periodo de migración indefinida. Su regreso a casa conlleva encuentros y desencuentros que afectan tanto a las mujeres como a los hijos, es decir, a quienes años atrás enfrentaron un duelo ante la pérdida temporal del padre-esposo emigrante y que nuevamente tienen que encarar un reajuste de su estructura familiar.

Uno de los elementos que desencadena algunas de las transformaciones al interior de las familias es el hecho de que el migrante sólo haya cumplido en la distancia con el rol de proveedor económico, al realizar sus envíos monetarios sin asumir el papel de marido y padre, por lo que su retorno conlleva una problemática de reinserción. Además, el paso del tiempo hace estragos, porque a pesar de las llamadas telefónicas, al momento de la inclusión del padre-esposo, la circulación de información, de objetos, productos y recursos económicos resulta insuficiente, bajo la lógica de que las relaciones no sólo se sustentan en bienes materiales.

La inclusión del migrante, físicamente desconocido, implica el florecimiento de emociones de dolor, resentimiento y enojo, principalmente en los hijos adolescentes y jóvenes, debido a que forjaron sus vidas sin la presencia de una figura masculina que les ayudara en la construcción de una identidad, de lo que en la localidad significa ser hombre: aprender el trabajo agrícola y ganadero, la división de roles por género, el proceso de cortejo y el ejercicio de su sexualidad.

Los migrantes retornados argumentan sentirse extraños en su propia familia, a causa de la indiferencia, apatía y marginación que sufren por parte de sus hijos, en especial de los más pequeños, quienes se rebelan señalándoles que no tienen autoridad para llamarles la atención y que se vayan de casa porque no son sus padres. Con el paso de los días, los progenitores hacen méritos para recobrar el cariño de los infantes ya sea por medio de regalos, dinero, recorridos al campo o visitas a lugares aledaños.

Por otro lado, algunas esposas enfrentan la incertidumbre sobre su relación conyugal, porque, después años de separación física, el sentimiento hacia sus compañeros ha cambiado y cuestionan el rol de esposo, no como proveedor

económico, sino como provisor de una relación afectiva y sexual; viven, de este modo, sentimientos encontrados que atentan contra el patrón cultural en el cual fueron educadas (Besserer, 2000). Ahora bien, la separación y el tiempo trastocan de tal manera el vínculo marital, que las mujeres han recurrido al diálogo con sus cónyuges antes de entablar relaciones sexuales, solicitándoles una tregua, un tiempo para volver a cortejarse. Los pactos que realizan las mujeres con sus cónyuges se explican por los comportamientos que adquirieron durante su estancia en territorio estadounidense, tales como la participación en tareas domésticas y preparación de alimentos, actividades en las que no participaban hasta antes de migrar por considerarlas tareas femeninas.

“VOLAR DE VUELTA”. EL RETORNO DE LOS TOTONACOS

Los totonacos “vuelan de regreso a la sierra, procedentes de los estados de Carolina del Norte, Georgia, Atlanta, Texas, California, Washington, Oregón, Alabama y Tennessee principalmente, hacia donde iniciaron su migración a finales de los ochenta, y más aceleradamente en el primer quinquenio de los noventa del siglo XX, sobre todo hombres, para luego incorporarse mujeres solteras.

Juana nunca había ido a Estados Unidos. No le resultaba atractivo, hasta que tuvo que emigrar por cuestiones ligadas a su profesión y trabajo. Si bien ella no es originaria de Coyutla, un día llegó para establecerse, lo que no significó para ella inmigrar, pues considera que migrar es ir al norte, es ir más allá de la frontera, ir a trabajar a los Estados Unidos. Para los totonacos no basta moverse, lo importante son los motivos para hacerlo; para ellos, moverse al interior del país, ir a estudiar, trabajar o establecerse no es migración. Como Juana, quien nació en Oaxaca y vive en Michoacán. Ella no se considera migrante: sólo se es en tanto se va a los Estados Unidos o se hace para desempeñar una labor remunerada.

Los jóvenes han dejado de pensar su futuro en el campo y en la milpa. Con el tiempo, las narrativas y las prácticas han consolidado su idea de construir futuros y proyectos de vida fuera de la comunidad, ya sea para estudiar o trabajar, en ciudades cercanas o en otros estados. Por eso, dice don Jesús: “es probable que en unos años más el campo desaparezca”. Algunos totonacos se fueron a los Estados Unidos en diferentes momentos de 2002, 2005 y 2008. Llama la atención que su regreso no estuvo vinculado al cumplimiento del proyecto migratorio, el acceso al empleo ni a cuestiones

políticas, sino a consideraciones de tipo personal y emocional: su ausencia del hogar significaba el debilitamiento de los vínculos afectivos; la falta de relaciones cara a cara influía en la fragilidad de los lazos de emotividad, expresión amorosa y en las muestras de cariño en momentos significativos de la vida tanto de ellos como de sus familias. La ausencia estaba afectando sus vidas cotidianas.

Resulta paradójico que, por un lado, la migración significa ingresos económicos para el sostenimiento material del hogar, pero, por otro, tiene un costo socioemocional para sus integrantes en ambos lados de la frontera. Desde la perspectiva del emigrante totonaco, el ir y venir de hombres y mujeres entre México y Estados Unidos es una pérdida para el pueblo y las familias, pues se transforman y ello demerita muchas veces la calidad en las relaciones y dinámicas de interacción social. Ellas lloran y los niños se lamentan primero, y luego borran la imagen paterna. La ausencia les duele en este momento. Las mujeres abrazan a sus hijos con mucho afecto, a la vez que les dicen al oído: “tú nunca te vas a ir, nunca vas a migrar para el otro lado”.

María nos dijo: “Yo tengo dos sobrinos que se fueron hace ocho años” (2004), pero no tenía ningún contacto con ellos, ni se comunicaban, ni enviaban dinero a sus familias: “a los pocos meses que se fueron se murió la abuela de tristeza, pues la vida se los había arrancado de su lado, ella los había crecido”. Para muchos, el anhelado retorno o el migrar del norte al sur se aplaza una y otra vez, de un mes al otro, de un año al siguiente. La falta de dinero es casual:

Dice que se venía en este abril, pero ahora dice que no, que no tiene dinero. Cuando se van piensan que van a trabajar mucho y a ganar dinero, pero luego nada más se la pasan durmiendo, y pues de dónde va a agarrar dinero para comer. El me decía: “aquí en Estados Unidos está difícil; creen que porque uno está aquí piensan que está cayendo dinero, que estamos en la gloria. Hay que pagar renta, agua, luz, pa’ que me tiren la basura, adónde vamos a lavar la ropa, todo eso se paga; así como se gana, se gasta el dinero”. Por eso mi marido no se puede regresar” (Josefina).

Algunas mujeres que se quedan solas buscan nuevas parejas, inician relaciones amorosas. Hay poblados donde autoridades locales consideran que 7 de cada 10 cambian de pareja; unas cuantas tienen sus novios en los pueblos cercanos, mientras el esposo está en Estados Unidos; algunas quedan embarazadas y recurren al aborto en la ciudad de Poza Rica. Al ser espacios geográficos pequeños donde interactúan y la información circula muy rápido entre origen y destino, prefieren moverse para llevar a cabo sus romances y no ser descubiertas ni delatadas (Arenal, Espinal, 2012). Hasta

hace un tiempo, con las remesas, se mantenía activo el campo de maíz en el rancho, la educación de los hijos, desde la básica hasta la universitaria. En su trayectoria de ida, los totonacos van tejiendo expectativas de migrar. A veces, en cuanto concluyen los cursos, toman camino al norte: “Mi papá se fue hace tres años a trabajar a los campos de golf, se ha ido dos veces a Estados Unidos, a dos lugares diferentes y tiene muchos amigos allá, cuando se fue yo lo extrañaba, pensaba mucho en él. Seguiré estudiando para algún día irme con él” (Adrián, a los 22 años. Cuando concluyó la secundaria decidió irse al norte, donde permaneció por 6 años).

Actualmente, los jóvenes se van a los Estados Unidos, pero siguen regresando, no se han establecido y cada par de años vuelven. Un joven regresó de la universidad y se contrató para ir por unos meses a Canadá, donde trabajaría en el corte de la uva. Pero el sueño de algunos padres es que los hijos estudien, que logren una educación superior para que tengan posibilidades de irse de la comunidad, porque si se quedan no tienen futuro. Irse les da la posibilidad de no vivir las mismas condiciones de precariedad que sus padres: “Yo tenía una amiga; cuando salimos del bachillerato se fue a Estados Unidos. Fue fácil para ella porque tenía un tío que la invitó irse. Primero se fue a Texas y de ahí a Carolina del Norte. Es triste, porque al poco tiempo que se fue murió su madre, pero ella nunca regresó. Se casó allá con uno de aquí, sus tres hijos nacieron allá”.

Los deseos de mejorar materialmente tienen costos emotivos que interrumpen el proyecto migratorio: “Me fui porque no tenía dinero, quería hacer mi casa, quitar las tablas y laminas y hacerla de tabique y colado. Me regresé porque extrañaba mucho a mi familia; sólo aguanté dos años y nueve meses. Allá no tenía a ningún conocido, me sentía triste y solo”. Algunos de los que se van no tienen tierras, pero, una vez allá, trabajan y mandan dinero para que les compren una parcela.

Hay que subrayar que la separación de las familias hace sufrir a los hijos, que crecen sin padre y a su regreso ya ni lo conocen, y las esposas reciben a los hombres porque les mandaron dinero, pero la relación ha cambiado y se torna más fría y sin afecto: “Él se fue con su tío y su primo, los tres por necesidad. Algunos de sus vecinos van por temporadas a Canadá. Él regresó hace un par de meses, pues había logrado su objetivo: hacerle un cuarto de cocina a su mamá y apoyarla económicamente para sacar adelante a su hermano descatado, disminuir las preocupaciones y angustias”.

EL RETORNO FORZADO: EL DEPORTADO

A Martín lo deportaron de Washington. Tenía mucha impotencia porque lo hubieran regresado así de repente; de un día para otro la vida le cambió. Lo bueno de todo fue que invirtió en algunas tierras y ahora las trabajaría para sentirse arraigado y útil. Cuando su mamá se enteró de que Enrique estaba detenido en la corte americana, le dio diabetes. Su alteración aunada a la tristeza que sentía de no haber visto a su hijo en varios años, la puso enferma. Después de siete años, vuelve forzado a su país; allá ha dejado a su esposa guatemalteca y a sus hijos.

Héctor había migrado a los 14 años, hacía ya nueve. Muchos de sus familiares también habían ido a los Estados Unidos. Se estableció en Austin, Texas, donde convivió con grupos de cholos, con quienes se identificó. En el proceso de aceptación se involucró con ellos y consumía marihuana, drogas, mujeres, alcohol, amigos y fiestas, cosas que sus papás relacionaban con la delincuencia. Un día lo deportaron por no tener documentos de estancia legal; fue considerado “criminal”, por lo que, aunado a los tatuajes en su cuerpo y el consumo de sustancias, en el rancho era objeto de discriminación y mal visto socialmente, lo que le hacía vivir un retorno en situaciones dolorosas.

Andrés, migrante deportado, comparte su experiencia de regreso forzado:

No le di el paso a una ambulancia. Me detuvo migración y me querían deportar, pero pedí audiencia. Ahí el juez me preguntó: “¿Por qué no te quieres regresar a tu país?, es donde naciste, ahí está tu familia”. “Está mi familia, pero ya tengo aquí diez años, una vida, amigos, usted me va a sacar de mi mundo. Hice mal, pero no soy gente mala, soy hombre de trabajo, de provecho, produzco y doy a ganar a este país, doy trabajo a americanos, pago mis impuestos. Denme oportunidad de quedarme, pago con cárcel, multa y horas de servicio, pero no me saquen de la vida a la que ya me acostumbré.

A un año de su retorno por deportación, Andrés despierta cada mañana creyendo que sigue en Estados Unidos.

EL RETORNO Y LOS PROYECTOS MIGRATORIOS CUMPLIDOS

En ocasiones el sueño de migrar no es para cumplir metas personales, sino la de los demás: construir la casa de la madre o la esposa, hacerse de tierras para sembrar,

adquirir un bien material, costear la educación de los hijos, o bien, garantizarse un futuro; cuando ello se logra, es posible planear el regreso al terruño.

Después de tres años en Georgia, Estados Unidos, donde trabajaba en un campo de golf, Jorge consideró que había cumplido el objetivo que lo había llevado al norte: una casa; por eso regresó a reunirse con su familia. Antes de marcharse a Estados Unidos haciendo uso de sus redes sociales, había dejado el rancho para trabajar en Poza Rica. Su deseo de mejor salario para construir una casa o hacerse de unas tierras, lo llevó a lugares cada vez más distantes. Jorge considera que los valores de unión familiar son muy importantes; sin embargo, las condiciones materiales de vida obligan a tomar la decisión de dejar, “abandonar” a la familia, los amigos y el terruño.

Entre los totonacos, una vez que han adquirido un poco más de experiencia, retornan por unos meses al rancho, pero reinician el viaje al norte, pero acompañados por la esposa y los hijos, aunque por cada uno de ellos deba pagar 32 000 pesos al coyote para que los ayude a cruzar la frontera.

Ahora bien, hay quienes retornan por tristeza, por el dolor de la lejanía. Dolores es esposa de un migrante, tiene dos hijos y vive en la casa de su suegra, porque ahí la dejó su esposo hace cinco años. Cuando se fue lo extrañaba mucho, ahora lo extraña menos. Dice: “mis hijos ya ni se acuerdan de él, de cómo era, ya ni me preguntan por él”. Las cuñadas que viven en esa misma casa también tienen a sus esposos en California. Es una casa grande de “mujeres solas”. Los esposos trabajan en las yardas y en los campos de golf en Georgia; mandan dinero y ellas lo ahorran y administran para contratar albañiles y construir sus casas.

La experiencia migratoria de Cesar fue difícil porque extrañaba mucho a su familia, a sus padres y hermanos, y por eso establecía canales constantes de comunicación telefónica. Fue dos veces a Estados Unidos. La segunda vez se acababa de ir cuando le avisaron que su papá había fallecido. No pudo regresar para acompañarlo en el funeral, un duro golpe que no logra superar: sigue cargando la pena y la culpa de no haber regresado para enterrarlo. Otras experiencias ocurren a la inversa. Los migrantes hacen su viaje de retorno para acompañar a familiares en procesos de enfermedad, muerte o problemas fuertes, aun cuando tengan ya algunos años trabajando en Estados Unidos. El regreso sucede por el compromiso y la responsabilidad de hacerse cargo de familiares enfermos o con edades avanzadas.

Regresé por la familia. Los niños seguían creciendo y yo sentía que tenía que estar con ellos. Tanto tiempo en el norte, fuera de casa, me hizo perderme su niñez, pero no tenía porque perderme su juventud y por eso me vine. Cuando me fui mi hijo era pequeño, ni siquiera hablaba; cuando regresé, me vio y las primeras palabras que me dijo fueron: tío. Y eso me dolió, me sentí triste porque no me reconocía (Fernando).

El sentimiento de pérdida de libertad allá y de ver cumplidas las promesas acá acelera los procesos de retorno:

Había discriminación para andar en la calle; te sentías vigilado. Te das cuenta que la gente te mira mal y uno se siente incomodo, que no tienes un lugar en esa sociedad, y luego ya no hubo tanto trabajo ni libertad, las cosas habían cambiado; por eso decidí regresarme, que era mejor estar cerca de mi familia, con mi gente y en mi tierra (Adrián).

Estuve trabajando por dos años en Carolina del Norte, pero regresé para matrimoniarme; con esa emoción me vine, de ya hacer una familia con mi novia, capaz que se arrepentía de esperarme (Fernando).

PERCEPCIONES DEL RETORNO

En nueve años he venido tres veces y no importa las veces que tenga que venir a México o los peligros que tenga que enfrentar al cruzar la frontera, pero yo regresaré para venir a ver a mi hijo, porque yo sólo vengo para estar con él, siento que lo extraño mucho; mis hermanos y papás son otra cosa, mi principal motor es él, ya tiene 17 años y no se quiere ir conmigo; yo lo respeto, pero si no estuviera él, yo no tendría a qué regresar al rancho. Si México está cada vez peor, hay mucha inseguridad. El pueblo sigue igual que cuando me fui, no veo ninguna mejoría; los políticos son los mismos y siguen robando; la gente aquí es muy chismosa, allá nadie se mete con nadie y haces tu vida a tu manera sin que te estén criticando (Karina madre soltera migrante de retorno).

Sentí bonito regresarme de Estados Unidos para ver a la familia. Da mucha emoción al venirme, y mi esposa, hermanas y mi mamá se ponen muy contentas de saber que ya vengo en camino, les da mucho gusto de volvernos a ver. Se preparan para tu llegada. Las mejores servilletas bordadas..., arreglan y pintan la casa, te preparan una comida, vienen los amigos y hacen fiesta. Bueno todo estará bien si fuiste un buen hijo, un marido responsable, si mandaste dinero, si cumpliste, porque quien no lo hace no es tan bien visto y tratado a su regreso. Para que vengan a verte los amigos el día que llegas, también depende cómo te lleves con ellos, porque si no te llevas bien, no te reciben bien.

Lo que parece estar bien, no lo está del todo. La fragilidad de los vínculos, la solidez de las redes, si se alimentaron o no durante la ausencia, pueden generar en los retornos

condiciones, muchas veces adversas, muy diferentes a lo imaginado, que duelen al corazón: “como pareja afecta la distancia, se siente feo; cuando te vas, te separas de la familia. No es lo mismo andar solo en lugares desconocidos y lejos de tu tierra; está uno acostumbrado a estar con la familia y luego andar solterón de nuevo es un sentimiento de tristeza, de soledad”. Es un sentir que no sólo experimenta el migrante, también quienes se quedan en México:

A los hijos les afecta emocionalmente, están tristes porque les hace falta uno como padre; se ganan el afecto de la mamá, de los tíos o de algún familiar, más que el cariño de uno que estuvo ausente. A nosotros no nos tienen confianza, no te platican, no te confían cosas y te hacen sentir un extraño, no te obedecen, ya no te reconocen como padre. Por eso a mí me dan ganas de regresar otra vez para el norte, porque aquí ya no hay lugar para mí con ellos.

La migración sí te deja un beneficio económico porque haces tu casa, compras tierras, educación, le inviertes a la familia, pero también significa distanciarse, que los hijos crezcan sin que los veas, sin disfrutar juntos sus momentos más importantes, a veces hasta se olvidan de ti, tiene un precio que pagar. Al regresar tienes ilusiones, pero cuando pasan los días te das cuenta que las cosas cambiaron, que ya nada es igual.

EL DOLOR POR LOS HIJOS

Las dificultades que los migrantes totonacos experimentan al momento de partir están relacionadas con “dejar a los niños solos”. Una vez en Estados Unidos, los extrañan y viven el distanciamiento físico como un dolor constante e intenso que les hace cuestionar el valor real de estar lejos, al grado de que eso determina muchas veces su retorno a México, aunque para ello deban suspender su proyecto migratorio o abandonar el país de manera casi repentina, no planeada: “regrese por la familia, porque los niños seguían creciendo y tenía que estar con ellos, no seguirme perdiendo los momentos importantes de su vida”. “Llegue de sorpresa, ni me esperaban, no se la creen que uno está aquí, se emocionan”.

Los cambios en la familia y con los hijos se hacen más evidentes conforme pasan los días tras el retorno. La magia del encuentro se va perdiendo, se hace más tenue y aparece una realidad sostenida en el extrañamiento, el desconocimiento mutuo. Cuando Manuel se fue la segunda vez a los Estados Unidos, sus hijos estaban chicos. La más pequeña tenía un año y el más grande tres. Partió por seis años. A su regreso, los

hijos han crecido, la economía es diferente, la casa ya no es la misma que dejaron: “Estaban emocionados que uno llega, pero uno siente claramente que algo falta, que algo se ha perdido, la convivencia con ellos no se da de manera fácil, ni con la esposa; entonces te sientes extraño, ajeno, triste y con ganas de llorar. Los billetes verdes a la larga no desquitan los sufrimientos que en el alma nos llevamos”.

REFLEXIONES

- Las condiciones en que ocurren los retornos actuales (desempleo, discriminación y redada) están desalentando o produciendo nuevas estrategias de migración entre los jóvenes.
- El viaje es muy caro, como para que los migrantes se arriesguen a que los deporten después de un breve tiempo.
- Participar en programas bilaterales de trabajo temporal se convierte en una oportunidad codiciada.
- La migración no es el fin; lo es su redefinición y continuidad con nuevas dinámicas: desplazamientos, movilidad por contrato y nomadismo laboral.

REFERENCIAS

- ALARCÓN, R. (1988). El proceso de norteamericanización: impacto de la migración internacional en Chavinda Michoacán. En: T. CALVO Y G. LÓPEZ (Ed.), *Movimientos de población en el occidente de México* (pp. 337-357). CEMCA, El Colegio de Michoacán.
- ANGUIANO, M. E., CRUZ, R., GARBEY, M. (2013). Migración internacional de retorno: trayectorias y reinserción laboral de emigrantes veracruzanos. *Papeles de población*, 19 (77), pp. 115-147.
- AQUINO, A. (2012). *De las luchas indias al sueño americano. Experiencias migratorias de jóvenes zapotecos y tojolabales en Estado Unidos*. México: CIESAS, UAM-X (Publicaciones de la Casa Chata).
- BAUMAN, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: FCE.
- _____. (2008). *Archipiélago de excepciones*. Madrid: Editorial Katz.

- BESSERER, F. (2000). Sentimientos in(apropiados) de las mujeres migrantes: hacia una nueva ciudadanía. En: D. BARRERA Y C. OEHMICHEN (Ed.), *Migración y relaciones de género en México*. GIMTRAP, UNAM-IIA.
- CHENAUT, V. (2010). *Los totonacas de Veracruz. Población, cultura y sociedad*. En: R. CÓRDOVA (Coord.), *Atlas del patrimonio cultural de Veracruz, t. II* (pp. 45-66). Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz.
- _____. (2014). *Género y procesos interlegales*. México: El Colegio de Michoacán, CIESAS.
- COESPO-Veracruz (2002). *La migración en el estado de Veracruz, 1930-2000*. Mimeo.
- DÍAZ, L. (2007). *Globalización, comunicación y migración. De la carta a la @ y otras tecnologías en Ucácuaro, Michoacán, México*. *CIMEXUS, Revista de investigaciones México-Estados Unidos*, II (2), pp.145-160.
- DURAND, J. (1994). *Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*. México: CNCA.
- _____. (2004). Ensayo teórico sobre la emigración de retorno. El principio del rendimiento decreciente. *Cuadernos geográficos* (35), julio-diciembre, pp. 103-116.
- GARCÍA, A. (2012). Juventud indígena en el Totonacapan veracruzano. *Liminar*, X (1), junio, pp. 75-88.
- GATTI, L. M., CHENAUT, V. (1987). *La costa totonaca: cuestiones regionales II*. CIESAS, SEP (Cuadernos de la Casa Chata, 158).
- GIL, J. (2012). *La costumbre de cultivar y moverse al norte. Circuito migroagrícola en el valle de Ixtlán, Michoacán*. México: El Colegio de Michoacán.
- GONZÁLEZ, G. (2006). *Migración internacional mexiquense*. Ponencia presentada en el diplomado en estudios migratorios. México: El Colegio de Michoacán, UMSNH.
- GRIEGO CEBALLOS, D. G., MUÑOZ GONZÁLEZ, M. A., PÉREZ SILVA, A., SALAZAR GARCÍA, S. (2003). *Memoria de encuentros indígenas en Veracruz. 1995-2001*. Xalapa: MAÍZ, Secretaría de Educación y Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Veracruzano de Cultura.
- INEGI (2005). *Conteo de población*. México.
- _____. (2010). *Censo Nacional de población y vivienda*. México.
- CONEVAL (2011). *Informe de Evaluación de la Política Social en México*. Recuperado el 9 de mayo de 2011 de: www.coneval.gob.mx.
- LÓPEZ, G. (1995). *El río bravo es charco*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

- Martínez, R. (2001). *Crossing Over. A Mexican family on de Migrant Trail*. EE.UU: Susan Bergholz Literary Services.
- MASSEY, D. S., ALARCÓN, R., DURAND, J., GONZÁLEZ, H. (1987). *Return to Aztlan. The social process of international migration from Western Mexico*. University of California Press.
- MENDOZA, X. (2014). *El auge, consolidación y decadencia de la industria petrolera en Poza Rica, Veracruz. Transformaciones poblacionales y migración laboral*. Ponencia presentada en el 4º Congreso Nacional de Ciencias Sociales: “La construcción del futuro: los retos de las Ciencias Sociales en México”. San Cristóbal de las Casas, Chiapas.
- MESTRIES, F., PÉREZ, M. (2014). El estudio de los flujos migratorios emergentes hacia y desde el norte: el caso de Veracruz. 1995-2012. En: A. R. NAVA Y P. LEITE (Coords.). *20 años de la encuesta sobre Migración en la frontera norte de México* (pp. 159-186). México: CONAPO, SEGOB.
- MOCTEZUMA, S. (2008). *Ambiente, cafecultura y migración: los indígenas totonacos de Naranjales, Mecatlán, Veracruz*. Tesis de Maestría en Antropología Social. México: Universidad Iberoamericana.
- MUÑOZ, Á. (2004). *Organización totonaca, cultura y derechos indígenas en procesos de desarrollo local. El caso de la Organización Tres Corazones*. Tesis de Maestría en Desarrollo Rural. México: UAM-X.
- MUÑOZ, Á., CASADOS, E. (2008). “Fue bien. Él sí regresó”. Migración indígena en Veracruz. El caso de los totonacos del municipio de Coyutla. *Regiones y desarrollo sustentable*, VI (11), julio-diciembre, pp. 103-115.
- PÉREZ, M. (2007). Una linda sorpresa para Oswaldo. La historia de la mascota transnacional. *Vetas*, IX (26-27).
- PÉREZ, M. (2013). *Tejedores de caminos. Redes sociales y migración internacional en el centro de Veracruz*. México: El Colegio de Michoacán, UAM-A.
- _____. (2014). Irse no es migrar, migrar es ir a trabajar”: Dinámicas migratorias complejas de los totonacos de Coyutla, Veracruz. En: C. SÁNCHEZ (Coord.), *Remesas y desarrollo indígena. Primer simposio*. En prensa. México: PUMC-UNAM.
- PÉREZ, A. (2012). *Los pueblos originarios de Veracruz: historias de exclusión y resistencia*. En: A. J. OLVERA RIVERA, J. A. ZAVALA BETANCOURT Y V. M. ANDRADE GUEVARA (Coords.), *Veracruz en Crisis. La sociedad civil realmente existente, vol. IV*. Xalapa: Universidad Veracruzana.

- RAMÍREZ, R. (2002). *La política del Estado mexicano en los procesos agrícolas y agrarios de los totonacos*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- VELÁZQUEZ, E. (1995). *Cuando los arrieros perdieron sus caminos*. México: El Colegio de Michoacán.
- VERA, G. (s/f). *Vulnerabilidad social y desastres en el totonacapan. Una historia persistente*. Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas. México: UAM-I.
- ZEPEDA, A. (2001). Al mismo tiempo en Texcatepec y Nueva York. *Ojarasca*. Suplemento de *La Jornada*, p. 3.
- ZÚÑIGA, F. (2012). El patrimonio biocultural frente a los procesos de apropiación turística y mercantilización como estrategia de desarrollo para el totonacapan veracruzano. En: A. CASTELLANOS Y A. MACHUCA (Coords.), *Turismo y antropología: miradas del sur y el norte* (pp.233-266). México: UAM, Juan Pablos Editor.